

Es curioso que una relectura de aquellas escasas páginas sirva todavía hoy como excelente introducción benjaminiana. Desde entonces, Benjamin ha conquistado los mejores carteles de las corridas de la tauromaquia experimental europea, hizo una reaparición en habla castellana de la mano de EDHASA (cuando la mano de EDHASA era la de Rosa Regás), y Taurus ha iniciado la publicación constante de cuantas obras de Benjamin estén a su alcance. Pero el responsable último del programa «Benjamin» es el cura Aguirre. Es él quien va a convertir al fugitivo suicidado en Port-Bou en materia de polémica ibérica. Es él quien nos va a obligar al «pronunciamento» ante el filósofo menos filosófico del siglo, el poeta menos poemático, el marxista menos aparente, menos pendiente de la religiosidad de la cita de los clásicos, garantía de un tranquilo pasar por el valle de lágrimas hacia el mausoleo cultural de la Enciclopedia Soviética. El cura Aguirre nos ha dejado solos ante esta patética serpiente intelectual, disfrazada de ángel purísimo, ese ángel benjaminiano, encarnación del espíritu de la Historia, que avanza de espaldas hacia el futuro, con los ojos áridos y emocionados, pendientes del pasado lejano, difuso paisaje de palabras, acciones arruinadas.

El «plan Benjamin» ha tenido en Barcelona un nuevo acto de afirmación patriótica. La Asociación de Mujeres Universitarias, sección del movimiento internacional Mujeres Adjetivadas, prestó permiso, audiencia y local para que Aguirre hiciera un curioso experimento de conferencia. Aguirre comprendió inmediatamente que no había peor medio para el mensaje de Benjamin que la conferencia, e intentó benjaminizar el medio, proporcionando un Benjamin en porciones, un auténtico rompecabezas en el que sus propias claves personales (las de Aguirre) en relación con Benjamin, Adorno y la escuela de Frankfurt en general, tuvieron un importante papel posicional. Junto a las claves personales de Aguirre, las del propio Benjamin, todas las negaciones necesarias para saber qué no fue Walter

Benjamin, y, finalmente, un intento de aprehenderle mediante un «collage» de referencias poéticas y sentenciosas, que, según Aguirre, Benjamin habría acogido favorablemente. La formal informalidad de la conferencia (urge un nombre de repuesto) fue la mejor manera de advertir sobre los riesgos de una lectura codificada del pensador alemán.

El principal hallazgo de Benjamin fue la desacralización de una determinada sistemática del pensamiento y consiguió este principio mediante una previa desacralización del filósofo y el sistema, y, aun antes, mediante una antiquísima desacralización de sí mismo. Aguirre se vio a sí mismo, al hecho cultural en el que participaba, al público, bajo esta óptica, y dio una benjaminiana noticia de su protegido. Se quejó de que las primeras reacciones ibéricas hacia la obra de Benjamin fueran a aplicarle la regla que mide los metros de escolástica y el contador Geyger, que registra los vapores de la putrefacción relativista. Mal podía sentarle a un ensayista en perpetuo movimiento, como Benjamin, la camisa de fuerza y el análisis de pureza de sangre.

El golpe ya está dado. Walter Benjamin crece en castellano desde editorial Taurus, y sobre la invocación del cura Aguirre. Ya tenemos otro «pensador» que tiramos por la cabeza con previsible sorpresa: la más que probable evaporación mágica del único pensador marxista surrealista. ¿Qué lector ibérico reprimirá el impulso de darle un empujón a ese ángel que camina de espaldas? ¿Quién entre nosotros reprimirá el impulso de embalsamarle en el escabeche que ya cubre a un Lukacs irreconocible, instrumentalizado, devaluado? ■ M. V. M.

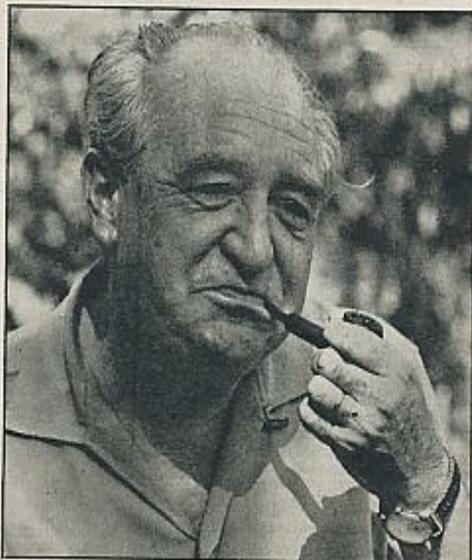
Gabriel Celaya, ¿inquisidor?

No es un oficio, el de inquisidor de la poesía, que le sienta bien a este vasco de frente amplia y ojos claros —cansados acaso de estar siempre muy abiertos— para quien «nadie es nadie si es hombre». Más hereje relapso

que familiar del Santo Oficio, más eterno sambenito que ejecutor de bestiales chamusquinas, más «dios posible» y «héroe por hombre» que ingeniero constructor de «poemas que funcionan como guillotinas de dos y dos son cinco», Gabriel Celaya —o Juan de Leceta, o Rafael Múgica, o como quieran ustedes que se llame— sólo podría ser inquisidor de sí mismo. Y tal vez ni siquiera eso, porque inquisición equivale a dogmatismo, a anquilosis del pensamiento, a ideología petrificada por los siglos de los siglos, y Gabriel Celaya, convencido de que cualquier situación histórica (y sobre todo la que, por suerte o por desgracia, nos ha tocado vivir) es forzosamente provisional, no ha renunciado todavía a «seguir combatiendo y cambiando».

Y por eso en su «Inquisición de la poesía» (1) no en-

juego real a vida o muerte. Confiesa Gabriel Celaya que ha pretendido llevar a la hoguera de su «Inquisición» a «los mitos de la metapoesía, la inspiración, la originalidad, el hermetismo, la inmortalidad literaria, el lirismo idealizador...»; y ello no deja de ser paradójico si se tiene en cuenta que fueron precisamente los patriarcas y defensores de tales mitos quienes intentaron en más de una ocasión llevarle a él —por prosaico, por doctrinal, por infrapoético, decían— al horno calcinante del silencio. En este sentido, «Inquisición de la poesía» no es, como pudiera creerse, una inversión de términos procesales —el hereje convertido en inquisidor y viceversa—, sino simplemente el testimonio de una supervivencia. Porque, quiera se o no, los comisarios del Santo Oficio siguen siendo los mismos.



GABRIEL CELAYA.

contramos jamás esos toscos y cerriles fanatismos propios de todo carbonizador de descarrillados que se precie de serlo, sino, por el contrario y de forma constante, las lúcidas y sin embargo apasionadas confesiones del poeta que, a fuerza de haber sufrido en su carnes las torturas de verdugos tan exquisitos como crueles, ha llegado a saber que la poesía «es un

Gabriel Celaya no podía ni debía hacer otra cosa que revelar las «razones» —el esqueleto ideológico— de su propia poesía; y eso es exactamente lo que ha hecho. «La poesía, como el movimiento, se demuestra andando, es decir, produciendo», declara en el primer capítulo del libro, «Inquisición de la poesía» no es, por tanto, la obra aséptica de un teorizante, sino todo lo contrario: el resumen de muchos años de camino,

la lógica conclusión de un proceso inductivo e irreversible. Durante más de siete lustros Gabriel Celaya ha realizado su trabajo de poeta «sin pretensiones ni desilusiones y con esa tranquilidad que le produce a uno el saber que hizo cuanto estaba a su alcance, y que si no logró más, fue porque no estaba dotado para ello, cosa que, naturalmente, uno es el primero en lamentar pero que tampoco es para hacerse mala sangre como suelen hacérsela los incomprensidos y los que se creen llamados por los dioses o por un especial destino a ser genios y a transmitirnos sobrehumanos mensajes, nunca suficientemente pagados y agradecidos». Merecía la pena transcribir las palabras de Gabriel Celaya: nos dan la clave a partir de la cual comienza la desmitificación de la poesía. Cuando el poeta no es un semidios por derecho propio e inalienable, sino un obrero especializado, la poesía deja de pertenecer necesariamente al ámbito del irracionalismo creador y se muestra como lenguaje a la medida del hombre; lenguaje que, pese a sus intrínsecas peculiaridades —valor significativo del elemento sonoro, eficacia transmisora de las palabras inadvertidas, mutabilidad espacio-temporal del contenido poético...— no pasa de ser un simple vehículo de comunicación humana.

Estoy seguro de que más de un versificador ungido por el carisma de las musas juzgará que Gabriel Celaya, haciendo honor a su nueva condición inquisitorial, en vez de desmitificar, se ha dedicado a degradar a la poesía. Para estos entes osiánicos, los mitos atacados por Celaya constituyen la razón de ser y el fundamento del arte poética; renunciar a un soplo inspirador, a una brizna de hermetismo y a una esperanza de inmortalidad es, según ellos, renunciar de pleno al hecho poético en sí. Y es que sólo una poesía hecha a la medida del hombre —«Nada de lo que es humano debe quedar fuera de nuestra obra», escribía Gabriel Celaya hace veinte años— es capaz de resistir sin degradarse cualquier tentativa sincera de desmitificación. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.

(1) Gabriel Celaya, *Inquisición de la poesía*. Ed Taurus. Madrid, 1971.